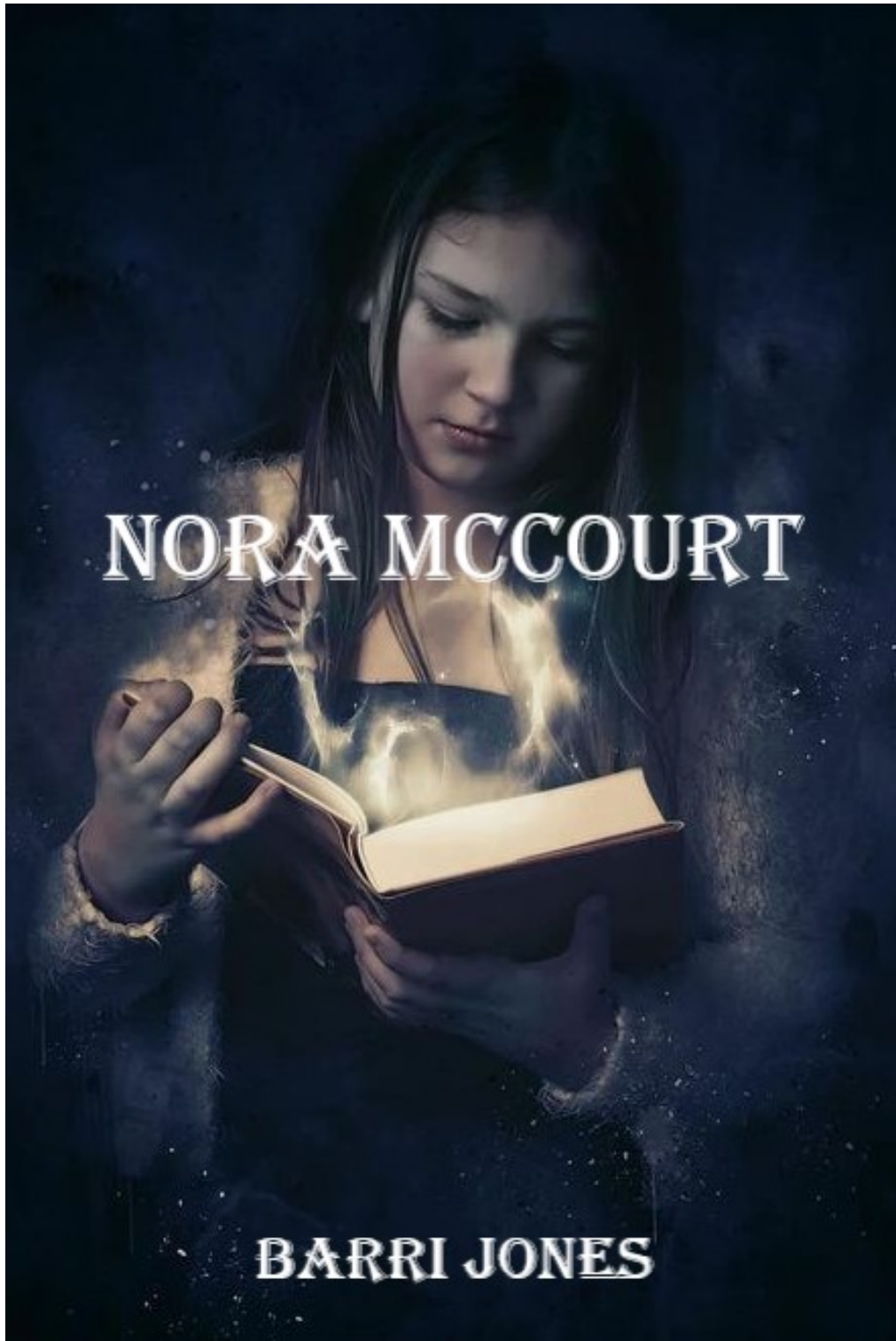


Nora Mccourt.

Barri K. Jones



Capítulo 1

Prólogo.

Querido lector:

¿Cuántas veces hemos oído hablar de las hadas, los enanos o las brujas? Es evidente que no tenemos dedos en las manos ni en los pies para contarlas. Sin embargo, la gente parece haber olvidado su origen, que estas criaturas fantásticas provienen de viejas leyendas celtas que tienen cientos de años. Es más, no solo las hadas, los enanos y la brujas son interesantes. Hay decenas de criaturas de la mitología céltica que, sin embargo, apenas se conocen, como las Gwragedd Annwn, los pixies, los trows, los tánganos, los trasgos, el hombre moreno de los páramos...

Esta es la historia de Nora, una niña huérfana de ocho años nacida en Gales, en la provincia de Llandoverly, que durante todo el tiempo que lleva viviendo nunca ha puesto un pie fuera de los límites del orfanato de la señorita Highsmith, una señorona galesa entrada en carnes y años que cree que la única medicina efectiva que existe capaz de curar cualquier cosa es el jarabe de palo. Sin embargo, cuando Nora es adoptada por los señores Mccourt, su vida da un giro de trescientos sesenta grados y tiene la oportunidad de ver a estas criaturas en primera persona. No digo esto porque la pareja, que vivía en una casa solitaria en el interior de la provincia junto a la anciana madre del marido, fueran buenos con ella. Nada más llegar, la tratan como si fuera una criada bajo su servicio y ella no hace más que guardar rencor hacia ellos a cambio de los malos tratos que recibe. Es precisamente cuando Nora decide huir de aquella casa al bosque cuando descubrirá que todas esas criaturas que salen en las leyendas y los libros de fantasía que ella tanto ama son reales.

A través de este relato no solo pretendo mostrarles la historia de Nora; que se enamoren de ella, que siempre está con sus libros de fantasía y lo único que quiere es leerlos hasta morir y no tiene ningún reparo en enfrentarse con sangre fría a los peligros y el odio que le profesan los Mccourt. También quiero enseñarles lo maravilloso del mundo celta, la belleza propia de las leyendas que, sin embargo, fueron olvidadas hace mucho, y cómo una simple niña de ocho años es a veces capaz de enfrentarse a peligros ante los cuales un adulto huiría despavorido.

Barri J.

Capítulo 2

1. La señorita Highsmith.

Llandovery (Gales), 1927

-Señores, estoy segura de que Nora no les defraudará- dijo la señorita Highsmith, y sus mofletes carnosos y colorados adoptaron un tono escarlata que, en el caso de no estar viniendo de ella, habría sido preocupante.

El despacho de la directora del orfanato era pequeño y nada más tenía una ventana, situada detrás del escritorio de la señorita. Esta ventanita era el único sitio por el que podía entrar la luz una vez el sol salía, aunque había una bombilla colgada del techo que solo se encendía en los insólitos casos en los que Highsmith se quedaba trabajando hasta las tantas.

Los señores Mccourt, sentados enfrente de la señorita, sonrieron. Eran los dos altos, con el pelo castaño y los dientes blancos como perlas.

-¿Y cómo decía que era esa niña, Nora? La hemos visto de lejos, pero necesitamos saber cómo es también por dentro- dijo el señor Mccourt.

Highsmith suspiró.

-Siempre está en las nubes, pero, como les he estado diciendo, cuando se centra hace las cosas de una forma sobrehumana- dijo-. Esa niña nada más necesita mano dura, y creo y espero que ustedes se la brinden.

La sonrisa de la pareja pareció dilatarse por segundos.

-Solo una cosa más- dijo la señora Mccourt, borrándosele la sonrisa de la cara -.¿Está segura de que no le queda ningún niño (en masculino)?

-No, ni uno solo. Se escaparon todos hace unos meses, cuando fueron de excursión. El señor Peterson asegura que él se dio la vuelta un segundo y, de repente, sin ningún motivo, los niños empezaron a correr como locos hacia el interior de un bosque. Todavía no ha vuelto ninguno, no se ha encontrado uno solo por mucho que hayamos buscado y tampoco han llevado a nadie al orfanato.

La pareja asintió, ahora más serios.

-Bueno, vamos a ver a la nueva Nora Mccourt- dijo el hombre,

levantándose mientras se frotaba las manos.

Las mujeres lo imitaron y los tres caminaron por el orfanato hasta llegar enfrente de una puerta de madera vieja con la pintura desvaía y en la que ponía, escrito en letras doradas: Dormitorios femeninos. La señorita Highsmith fue quien les abrió la puerta y les cedió el paso. El pomo estaba frío a pesar de que en el orfanato durante el verano hacía un calor mortal, al igual que en invierno parecían estar en el Polo Norte. Unos veinte huérfanos al mes habían en la enfermería con enfermedades relacionadas con el calor extremo durante esta estación.

Los señores Mccourt observaron los dormitorios de las niñas.

Era una sala grande y luminosa donde habían centenares de camas sencillas, pero resistentes y enfundadas en sábanas color crema que olían a lejía. Hasta pasados unos segundos de su entrada en el dormitorio, la pareja no se dio cuenta de que en la pared izquierda había un grupo de niñas vestidas con trajes de color canelo, pañuelos y delantales color crema. Algunas niñas fregaban el suelo con paños empapados en agua y lejía que había en un gran cubo de madera mohosa, mientras que otras utilizaban estos paños para limpiar la pared.

-Hoy es martes de limpieza- escucharon que decía la señorita Highsmith, sonriente, a su lado. Habían estado tan centrados en observar a las niñas que no habían escuchado los pasos de la directora.

La pareja observó a la señorita Highsmith. Era una mujer bajita, de mejillas sonrosadas, vestida con un traje color rosa fucsia y un abrigo viejo que seguramente, teniendo en cuenta el calor sofocante que hacía, tan solo llevaba para mantener las formas. La mujer también llevaba su pelo castaño recogido en un voluminoso moño, un kilo de maquillaje en el rostro y una sonrisa de oreja a oreja que asustaba más que otra cosa. Debía pesar unos noventa y un kilogramos (contando el kilo de maquillaje que se había puesto en la cara y el cuello).

-¡Nora, ven aquí!-dijo la señorita Highsmith, dirigiéndose a una niña de pelo castaño claro y largo que estaba limpiando la pared. Nora suspiró, dejó su paño a un lado y se acercó a donde estaban los señores, cabizbaja y con paso lento. La señorita Highsmith la señaló con la mano abierta -. Esta es Nora. Como ya les he estado comentando, tiene ocho años y, aunque siempre está en las nubes, ella sabe, como yo le digo siempre, que...

-... A los niños que están en las nubes se les baja de éstas a base de jarabe de palo- terminó Nora, de mala gana y sin levantar la mirada.

-Exacto- dijo la señorita Highsmith, exhibiendo una sonrisa de orgullo, y se volvió hacia la niña -. Nora, estos son los señores Mccourt. Serán tus

nuevos padres.

La niña alzó la vista y observó a la pareja. Sus ojos castaños no mostraron ninguna expresión, como si las personas a las que observaba fueran invisibles.

-No me gustan- dijo la niña, con severidad, como si estuviera hablando de algo verdaderamente importante, y antes de que la señorita Highsmith replicara, añadió -: Son mezquinos, y no hay mayor "mezquinidad" que aquella que se ve a simple vista. Ellos no son mis padres, nunca lo serán.

-Nora, se dice: mezquindad- dijo la señorita Highsmith, sin perder la sonrisa, y ahora miró a los señores Mccourt -. No la escuchen, está un pelín impactada por todo lo que le ha pasado.

Los señores Mccourt asintieron. Nora los miró a los ojos con tristeza. Sin embargo, sus compañeras del orfanato, que seguían la conversación disimuladamente, no comprendían por qué la niña se negaba a irse. Ellas lo habrían dado todo por abandonar ese lugar donde las maltrataban y les obligaban a trabajar sin descanso durante dieciséis horas. Además, Nora no tenía amigos y solo hablaba para replicar, cosa por la que se había ganado una estancia casi permanente en El Agujero, que era el típico cuartucho oscuro que huele a humedad y donde encierran a los niños que se portan mal.

-Nora, no pienso discutir: recoge tus cosas. Te doy cinco minutos para ello. Si no te veo junto a nosotros una vez haya pasado ese periodo de tiempo, iré a recogerte personalmente- sentenció la señorita Highsmith.

La mujer y los señores Mccourt salieron de los dormitorios y, una vez lo hicieron, Nora observó la puerta cerrada. No quería irse con ellos, pero no le dejaban otra opción. Así que se dirigió a su cama, se agachó y, antes de meter la mano debajo del lecho, donde tenía la maleta en la que guardaba sus pertenencias, observó la parte inferior del mueble durante un rato. Siempre le había dado mucho asco esa parte de la cama porque los días de limpieza lo más común era que las niñas escondieran la porquería en ese lugar. Aunque Nora no criticaba a las demás por ello, ya que ella también solía hacerlo. La parte inferior de las camas siempre era un misterio. Nunca sabías lo que te encontrarías ahí.

Una vez, hacía ya unos dos o tres años, la niña había metido la mano debajo, igualmente para sacar la maleta, y, cuando lo había hecho, se había encontrado la parte superior de la maleta recubierta con una sustancia pegajosa y nauseabunda donde estaban atrapadas una araña negra y peluda de consideradas dimensiones y una asquerosa cucaracha, también grande y con alas.

Al final, Nora suspiró, armándose de valor. Cerró los ojos, metió la mano debajo de la cama y buscó la maleta a tientas, sin pararse a pensar. Mientras buscaba el objeto, más de una vez se topó con espesas telarañas y cosas peludas que huían de su mano y prefería no imaginarse qué eran. Debajo de los lechos de las huérfanas había un auténtico ecosistema. Cuando por fin notó cómo su mano impactaba contra una esquina de la maleta, Nora la asió con fuerza y la sacó de un tirón, sin pensárselo dos veces.

Una vez la maleta estuvo fuera, la niña buscó el asa, la agarró con fuerza y salió de los dormitorios rápidamente, sin siquiera dirigirle una última mirada a sus compañeras, quienes, evidentemente, no la echarían de menos.

La niña corrió por los pasillos del orfanato (cosa por la que, si se hubiera topado con uno de los profesores, le habría caído una buena bronca). Los únicos recuerdos agradables que tenía en cuanto a su estancia en ese orfanato eran los libros que había leído. Sus libros favoritos eran los de fantasía. Sus sueños estaban poblados de dragones que sobrevolaban los cielos, magos con sombrero puntiagudo y barba blanca, criaturas monstruosas que viven en cuevas oscuras, castillos medievales que en realidad guardan oscuros secretos que están esperando a ser descubiertos...

Cuando Nora consiguió salir del orfanato, lo primero que vio fue a los señores Mccourt junto a la señorita Highsmith, de pie al lado de un Mercedes negro. El hombre cogió la maleta de Nora y la colocó en el maletero mientras la mujer la conducía al interior de la parte trasera del vehículo. Una vez el señor Mccourt se había subido al coche y lo había arrancado, Nora se volvió hacia el orfanato y a la señorita Highsmith, que les saludaba desde la entrada con una sonrisa falsa plasmada en el rostro, y los observó a través de la ventanilla trasera. Poco a poco el coche fue avanzando mientras la niña seguía con los ojos puestos en el orfanato y la directora de este.

"No lo echaré de menos. Nunca. Y tampoco a la señorita Highsmith" pensó mientras la mujer entraba en el edificio y este, conforme avanzaban acompañados de un molesto traqueteo, cada vez se hacía más y más pequeño hasta convertirse en un diminuto punto que apenas se distinguía en la distancia.

Capítulo 3

2. Un nuevo hogar.

La despedida de Nora hacia el orfanato fue serena y distante, como si este, en vez del lugar en el que había pasado la mayor parte de su vida, fuera un viejo edificio en ruinas que le había provocado curiosidad durante un corto periodo de tiempo.

El orfanato era un sitio tan normal y corriente como deprimente, al fin y al cabo. Sus paredes eran blancas y sucias; sus pasillos, infinitos, a la par que llenos de telarañas y con un suelo de madera que parecía capaz de quebrarse en cualquier momento; las puertas estaban pintadas todas del mismo color crema, tan carente de personalidad como de belleza, a la par que eran tan deprimentes como la entrada a una celda; las ventanas, a ratos opacas por la suciedad, los ñames, la escarcha y el vaho que producían los niños al pegar la cara al cristal, a ratos relucientes como los chorros del oro gracias a las incontables lluvias del otoño, primavera y parte del invierno y verano; la azotea, a la que los niños tenían prohibido subir, era el único lugar al que nunca había ido pero al que nunca se había interesado en ir; y, por último, estaba el jardín trasero, teñida por la hierba verde nutrida por las múltiples lluvias en primavera y verano; de marrón, amarillo y naranja durante el otoño, cuando se caían las hojas de los árboles, y de blanco en invierno, cuando la nieve lo cubría todo.

El jardín era el rincón favorito de Nora. Como se dijo antes, en invierno un espeso manto de nieve blanca lo cubría por completo, y a ella le encantaba jugar en la nieve y observar las hojas cubiertas de escarcha, además de que nunca tenía frío, así que podía pasarse toda la tarde jugando en el jardín. Por eso su estación favorita era el invierno. En verano, por el contrario, Nora se llevaba un libro al jardín y se ponía a leer debajo de un gran almendro.

Pero, a pesar de estos detalles, la niña no sentía más ni menos apego hacia el orfanato, ya que sabía que no solo nevaba en ese sitio y habían miles de árboles bajo los que podía resguardarse durante el verano u observar sus hojas cristalizadas por la escarcha en invierno.

Antes de que Nora se diera cuenta, el coche apareció enfrente de una casa diminuta y de color blanco de la que salía humo por la chimenea.

Los tres se bajaron del vehículo y, después de esperar a que el señor Mccourt sacara la maleta de la niña del maletero, se adentraron en la

casita a través de una puerta vieja y de madera casi podrida.

Dentro de la casa, el salón, que era seguramente la habitación más grande de todas, compartía espacio con la cocina y una gran mesa con cuatro sillas, un mantel rojo y un jarrón encima. Había un sofá en el que cabían unas cuatro personas, enfrente de la chimenea, y un sillón pequeño al lado, también dispuesto hacia el fuego, donde estaba sentada una señora mayor arropada con una gran manta de ganchillo que solo le dejaba libres los brazos. En las manos la anciana tenía dos gigantescos alfileres que utilizaba para tejer una bufanda de punto que parecía no tener fin. Al lado de su sillón, reposaba un cesto lleno de ovillos de lana de todos los colores. Nora recorrió la gigantesca sala y, al final, admiró la pequeña estantería que había en un rincón. A decir verdad, esta la decepcionó bastante, ya que en ella habían libros de derecho (seguramente esto tenía mucho que ver con que el señor Mccourt era abogado) y algún que otro de cocina. No había un solo libro de fantasía, como a ella le habría encantado.

Al ver que la estantería no tenía nada que a ella le interesara, Nora se volvió hacia las dos puertas que habían a la derecha de la entrada y escogió una a la zar (la que estaba a su izquierda). Cuando la abrió, la niña descubrió que daba al exterior, por lo que debía ser la puerta trasera. Como en esa puerta no había nada interesante, Nora la cerró y entró en la de al lado. Una vez la abrió, la niña vio que en el interior el espacio era bastante reducido. A la derecha había un tocador que encima tenía todo tipo de productos de belleza. Al lado del tocador había un diminuto armario. Nora dio un paso hacia este y cayó de bruces al tropezarse con un objeto que no identificó hasta que se incorporó y lo observó mientras se quitaba el polvo del vestido. Un cubo del que salía un líquido amarillento y maloliente, había volcado a sus pies. Junto al cubo volcado había otro igual, lleno casi hasta arriba del mismo líquido amarillento. Nora se estremeció al reconocer el líquido que ahora misma le estaba manchando los zapatos: orina humana. Como en esa casa no habían baños, lo más seguro era que esos dos cubos de hojalata fueran lo que la pareja utilizaba como váter. La niña levantó el recipiente utilizando dos dedos para así ponerlo en su posición inicial y saltó el charco de orina con cuidado de no volver a tirar ninguno de los cubos. Ahora se disponía a inspeccionar el lado izquierdo de la habitación, que estaba ocupado por una mesilla de noche junto a la parte superior de la cama, donde reposaba una lámpara, una fotografía de la boda de los Mccourt y un libro. Ocupando casi todo el lado izquierda de la habitación, habían unas escaleras de madera que ascendían hasta una trampilla que había en el techo y se abría tirando de una cadenita plateada. Nora observó las escaleras antes de empezar a ascender por ellas. La escalera de madera parecía tener ya cierta edad y además no tenía barandilla. La niña tenía una corazonada en cuanto al lugar oculto en el interior de la trampilla, pero prefirió de momento quedarse ahí y rezar porque su instinto se

equivocara.

Al final, la curiosidad pudo más que el miedo y, lentamente, puso un pie en el primer escalón y fue ascendiendo con parsimonia. Después de lo que le pareció una eternidad, llegó tres escalones más abajo del final de la escalera, alzó el brazo para llegar hasta la cadenita que pendía del techo y, una vez la sujetó con fuerza, tiró de ella utilizando toda la fortaleza que tenía (que tampoco era tanta). Una vez abrió la trampilla, Nora quedó envuelta por una nube de polvo que emanaba del agujero y la hizo toser sonoramente. Cuando el polvo se disipó, la niña, sin pensárselo dos veces, introdujo los brazos por el hueco, buscó atentas el suelo del interior y, una vez lo sintió y apoyó los brazos sobre él, se impulsó hacia arriba haciendo uso de todas sus fuerzas, cayendo a continuación sobre el suelo que había en el interior de la habitación a la que se accedía a través de la trampilla.

Cuando se incorporó, Nora comprobó que el cuarto era demasiado pequeño, hasta para una persona de su edad, y estaba más iluminado de lo que ella creía. La luz que iluminaba lo que ella interpretó como la buhardilla, se filtraba a través de dos ventanas circulares que habían a la derecha e izquierda, una frente a otra. La niña miró arriba. Notaba cómo su cabeza impactaba contra el techo, y pronto comprendió que, si no quería acabar con una tortícolis, debía gatear hasta el centro de la habitación. Esto se debía a que el techo de la buhardilla tenía forma triangular, como una pirámide, de manera que, como estaba en el extremo sur de la habitación, ahora mismo se encontraba en el punto más bajo, mientras que el centro era el punto más alto de todos. Así que se puso de rodillas, apoyó las manos en el suelo y empezó a gatear. Conforme iba avanzando, Nora se daba cuenta de que la buhardilla eran tan pequeña a lo alto como a lo largo.

Una vez estuvo en el centro de la estancia, se volvió hacia una de las ventanas circulares, se incorporó de manera que su cabeza quedó a quince centímetros del techo, y caminó hacia ella. Cuando estuvo frente a la ventana, se sentó para así ver a través de ella. El cristal estaba cubierto por una fina capa de polvo. Nora la limpió con la mano y observó lo que había tras el cristal. Un inmenso prado verde se extendía ante sus ojos. A lo lejos, se distinguían campos de flores, frondosos bosques y colinas que debían ser como mínimo igual de altas que esa casa diminuta.

-Veo que ya has encontrado tu cuarto- escuchó que le decía la voz de la señora Mccourt desde el hueco de la trampilla.

Rápidamente, Nora se volvió hacia la mujer, que asomaba la cabeza por el agujero. Inmediatamente, la niña sintió ganas de estrangularla, ya que sus sospechas eran ciertas: esa buhardilla que parecía no haberse limpiado en veinte años, era el lugar donde ella tendría que dormir todas

las noches y despertar todas las mañanas.

-¿Ya le has echado un vistazo a tus cosas?- siguió la señora, ajena a la rabia que en ese momento a Nora le corría por las venas cual veneno ardiente y letal.

Sin embargo, estas palabras sirvieron para que la niña se fijara por primera vez en la parte norte de la buhardilla, donde había una diminuta cama pegada a la pared de forma horizontal. El lecho parecía más bien una cuna, apenas unos centímetros separaban al colchón del suelo, estaba enfundada con sábanas grises cubiertas por una muy fina capa de polvo, la almohada parecía no haberse lavado en años y, enfrente de la cama, habían dos cubos como los que la niña había visto en el cuarto de la pareja; el de la derecha estaba vacío, mientras que el de la izquierda contenía agua con jabón de lavanda, que le brindaba un color violáceo al agua. En el interior del cubo de la izquierda también había una esponja amarilla que flotaba en la parte superior del recipiente, como una balsa en un diminuto lago de aguas color lavanda. Enseguida la niña empezó a percibir la peste a lavanda que emanaba del segundo cubo. A los pies de la cama había un también diminuto baúl de madera.

De repente, Nora observó cómo una rata gorda y de color negro salía de debajo de la cama y se escabullía por el hueco por el que en ese momento la señora Mccourt sacaba la cabeza. Nora se sorprendió cuando, en vez de gritar como una posesa, la mujer ni pareció haber visto al animal.

-Bueno, ¿vas a venir a coger tus cosas para dejarlas en tu habitación, o esperas que lleguen solas?- dijo, visiblemente molesta.

A continuación, sin esperar una respuesta por parte de Nora, la señora sacó la cabeza del hueco de la trampilla. Durante los diez segundos siguientes, solo se pudo percibir el ruido de los pasos de la mujer descendiendo la pequeña escalera, acompañados por su voz chillona, que le gritaba a su marido:

-iMike, una rata se ha escapado de la buhardilla!-

Nora, cuando dejó de escuchar los pasos de la señora Mccourt, se acercó a las escaleras de la trampilla y las descendió con cuidado para no caerse. Una vez en el suelo, la niña observó que el señor Mccourt había dejado su maleta enfrente de la mesilla de noche. La cogió y volvió a ascender las escaleras, pero esta vez fue directamente hacia la cama y abrió el baúl que había a los pies de esta. En el interior había un vestido descolorido, dos gomas para el pelo, una caja de cerillas y una lámpara de gas. Nora cogió el paquete de cerillas y se lo guardó en el calcetín, también sacó la lámpara, que dejó al lado del baúl. Una vez hizo esto, colocó la maleta sobre su regazo y la abrió. Durante los siguientes tres minutos estuvo observando los objetos que había en el interior: dos vestidos viejos que le

quedaban dos tallas grandes a pesar de que se los dieron hacía tres años, un libro de fantasía (su favorito), una pluma y una hoja de papel que había robado hacía tiempo del escritorio de Highsmith. La hoja estaba sucia y la tinta borrosa. La niña la volvió a cerrar y la introdujo en el baúl, sin saber que lo que quedaba de ese día sería lo suficientemente desagradable como para que tomara la decisión de abandonar el hogar de los Mccourt tan deprisa como le fuera posible (o, como decimos en mi pueblo: cagando leches).

Capítulo 4

3. Los señores Lawrence.

Cuando Nora salió de la habitación de la pareja, lo primero que pasó fue que la señora Mccourt, ataviada con un delantal blanco lleno de mugre que seguramente no se había limpiado en años, se plantó frente a ella con la rabia dibujada en el rostro y una cuchara de madera en la mano.

-¿Dónde estabas?-le dijo.

-Haciendo lo que usted me dijo: ordenar mis cosas.

-Se tarda un solo minuto en vaciar una maleta y poner su contenido en el interior de un baúl, ¡no veinte! Además, tampoco es que llevaras el vestuario de Madame Butterfly en esa maleta.

-Necesito tiempo para organizar mis cosas, y tampoco es que aquí haya demasiado que hacer.

-Para tu información: debemos hacer una cena para cuatro personas y limpiar la casa de arriba a abajo.

-Cosa que no hacen muy a menudo, porque la buhardilla (es decir, mi habitación) estaba llena de suciedad.

-Hay que ver qué repelente es la niña que hemos escogido- dijo la señora Mccourt, más para sí que para Nora-. Si es que deberíamos haber ido a otro orfanato, y al menos habríamos podido coger también a un niño, para que, mientras ella me ayuda a limpiar la casa, él estudie derecho desde pequeño y se convierta en un abogado de prestigio. Pero no- la mujer puso un tono más grave de voz para imitar a su marido-, "Mary, el orfanato de Highsmith es el mejor de Reino Unido y tiene unos precios más que razonables", "No, Mary, no te preocupes, que para abogados de prestigio ya estoy yo, y tú necesitas más una ayudante". "¿Qué tal si cogemos a esa tal Nora? Seguro que es una niña buena y encantadora". ¡Vaya hombre! ¡Es un auténtico imbécil! ¡Por eso no gana ni un solo caso!

-¿Dónde está el hombre?- cambió de tema Nora, observando la casa.

-Después de matar a la rata que tú dejaste escapar, volvió a su trabajo, como hacen los hombres importantes. Por cierto, ahora debes llamarlo "padre".

-No lo entiendo: primero se enfada con su marido y lo llama imbécil, y ahora dice que es un hombre importante. ¿En qué quedamos?

-¡En que te calles de una maldita vez y te pongas a ayudarme!

Durante las siguientes seis horas, Nora y la señora Mccourt estuvieron limpiando la casa a fondo y cocinando la cena. La niña siempre encontraba una manera de replicar a la señora y ella siempre le gritaba. A Nora no le gustaba nada la mujer, y por eso siempre estaba alerta para pillar el momento perfecto para replicar hasta el más mínimo error que cometiera o molestarla una y otra vez cuando le obligaba a hacer los trabajos más difíciles y que, evidentemente, una niña de ocho años no debería estar haciendo.

Al final, a las ocho de la noche, la casa estaba impoluta y la cena caliente y sobre la mesa.

Cuando por fin puso el último tenedor sobre la mesa, Nora hizo ademán de sentarse en una de las sillas, pero la señora Mccourt la detuvo, la miró como si acabara de robar un banco y, harta como estaba de la niña, dijo:

-Todavía no te puedes sentar. Primero espera a que llegue el hombre de la casa.

-¿Por qué? Llevo todo el santo día yendo de acá para allá. Estoy cansada y hambrienta- replicó Nora.

-Yo también lo estoy, pero hay que esperar a que lleguen los demás. Se llama modales, y es algo que tú, una niña repelente que se ha quejado durante toda la limpieza, no tiene.

Nora se calló y, obedeciendo a la señora Mccourt, esperó durante una hora al hombre de la casa. "Es increíble" pensó Nora a los veinticinco minutos, cruzándose de brazos y mirando el reloj de pared, desesperándose ", él puede llegar todo lo tarde que le dé la gana, pero nosotras tenemos que hacer el tonto esperándole mientras la comida se enfría". Cuando pasó media hora desde que habían terminado de poner la mesa, la señora Mccourt, que también empezaba a impacientarse, miró el reloj y, después, la comida, que estaba enfriándose. Se cruzó de brazos y se mordió el labio.

-¿Dónde se habrá metido este hombre?- murmuró.

-Señora, de verdad, tengo sueño y...- dijo Nora, ahora al borde de las lágrimas.

-¡Sí, sí, sí! ¡Ya sé que tienes hambre, y yo también, pero hay que

aguantarse! Dentro de poco llegará.

Nora se tocó la barriga. Cada vez era más constante el rugir de sus tripas y se sentía como si estuviera a punto desmayarse. La última vez que había comido, había sido en el desayuno (media taza de leche fría y un codo de pan rancio), ya que los días de limpieza no les dejaban almorzar o merendar hasta que terminaban sus tareas. Ahora que lo pensaba, su nueva casa no era demasiado distinta al orfanato. La única diferencia que veía entre uno y otro era que en la casa no tenía compañeras, de manera que la señora Mccourt solo se tenía que centrar en ella. La mujer tenía que centrarse en que ella no cometiera ningún error, en que ella no tirara nada, en que ella no molestara a la abuela (la señora mayor que en ese momento tejía una bufanda, ajena al mundo que la rodeaba)... En fin, que era como tener un verdugo particular al que siempre buscas la manera de recriminarle cualquier cosa mala que haya hecho porque te tiene hasta la coronilla con sus manías y sus ganas de mandar sobre alguien, de saber que por una vez ella es quien sostiene el látigo.

Al fin, cuando el reloj de pared dio las nueve y media, un coche negro aparcó enfrente de la casa. Cinco minutos después, entró el señor Mccourt, pero no estaba solo, y eso hizo que su mujer se pusiera hecha una furia.

Junto al hombre entró un señor vestido con traje y corbata, alto, rubio, con barba y bigote y acompañado de una mujer morena vestida con un traje rojo, un sombrero del mismo color con la cinta rosa pálida, tacones que dolían solo con verlos y un abrigo de piel que debía costar una fortuna. Nora observó detenidamente al hombre, que le entregó el sombrero al señor Mccourt, y la mujer lo imitó, tendiéndole también su voluminoso abrigo. El hombre debía ser muy rico, porque su traje era de seda italiana, llevaba unos gemelos de oro puro, sus mocasines negros estaban tan limpios y relucientes que parecían nuevos y, en general, todo él transmitía superioridad y riqueza (mucho riqueza), aunque su pelo, como pudo comprobar la niña cuando se quitó el sombrero, estaba un poco revuelto y daba la sensación de que, no solo no llevaba gomina ese día (que saltaba a la vista) sino que jamás se había puesto una sola gota de este producto.

La mujer debía tener unos diez años menos que él, ya que parecía mayor el hombre que la chica (es decir, teniendo en cuenta que él debía tener unos cuarenta, la mujer tenía unos treinta). Sus ojos eran de color verde esmeralda, sus labios estaban pintados de escarlata, sus piernas eran esbeltas y tan largas que fácilmente te perdías en ellas y la falda del vestido de color carmesí ceñido (muy común en aquella época) le llegaba por encima de las rodillas. Además, llevaba un pequeño bolso negro en el que al principio Nora no se había fijado y un collar precioso formado por una cadena de plata acabada en un diamante que parecía real y de cuya

presencia la niña tampoco se había percatado.

El señor Mccourt dejó los sombreros y el abrigo sobre el sillón, se acercó a la abuela (que era su madre), la ayudó a levantarse y la acompañó hasta la mesa, donde la ayudó a sentarse de nuevo. Mientras esto pasaba, a Nora le rugieron las tripas y la acompañante del hombre le dirigió una mirada asesina "¿Qué quieres? ¿Que me convierta en una estatua por arte de magia para así no poder sentir hambre ni cansancio?" pensó Nora. Una vez la anciana estuvo acomodada, el señor Mccourt les tendió asiento al hombre y a la mujer e inmediatamente su esposa lo cogió del brazo y lo arrastró hasta el interior de la habitación.

Al entrar en el cuarto, la señora Mccourt tiró sin querer uno de los cubos, los cuales, por suerte, ella y Nora (bueno, más bien Nora) habían vaciado esa misma tarde. Enseguida, sin recoger los cubos, es más, como si no acabara de derribarlos sin querer, la mujer cerró la puerta tan rápido como pudo. Cuando estuvo cerrada, sin molestarse en encender la luz, la señora Mccourt se cruzó de brazos y le echó una mirada asesina a su marido.

-Ya me estás dando una explicación- dijo, con la sangre hirviéndole de rabia.

-Cariño...

-¡No, de "cariño" nada! Primero me obligas a adoptar a una niña malcriada, después vuelves una hora tarde, ¡una hora! ¡Empezaba a pensar que te había pasado algo! Y encima ahora me metes en casa a dos desconocidos sin ni siquiera avisarme antes. ¡Por Dios, que la cena solo está puesta para cuatro persona! ¿Qué te crees: que soy adivina u hoy me iba a venir de repente el impulso de cocinar para seis? Además, ¿qué hacen esos dos aquí? Y, si no es una molestia preguntar, ¿quiénes son?

-Mira, deja que te lo explique- dijo el hombre, intentando calmar a su esposa -. Hoy, cuando estaba ordenando los libros de mi despacho por orden alfabético porque no tenía nada mejor que hacer, el señor Lawrence (el hombre rubio sentado a la mesa, el cual es mi jefe), irrumpió en mi despacho y empezó a interrogarme sobre mi vida privada. En fin, después de estar hablando con él durante aproximadamente una hora, fue al grano y sacó a relucir el tema de que hacía una semana se había casado con la mujer que hoy mismo le ha acompañado y ella se suele quejar constantemente de que no tiene ninguna amiga en la ciudad, por lo que había pensado que a lo mejor tú (mi mujer) y ella (su mujer) podrían ser buenas amigas. Una vez me dijo esto, me quedé en blanco, sin saber qué hacer o decir, así que él añadió (cito textualmente): "Verá, si usted nos invita hoy mismo a cenar a su casa, le subiré el sueldo y si quiere hasta le ascendo, pero, eso sí, no basta con que cenemos en su casa, sino que, aparte, su mujer y la mía deberán hacerse amigas íntimas. ¿Ha

entendido?". Yo asentí, sin saber muy bien cómo reaccionar. Todavía sigo pensando que solo me escogió porque soy el único hombre casado de la oficina, pero, al fin y al cabo, ¿qué más da eso cuando podremos conseguir más dinero solo con que tú te hagas amiga de la esposa del jefe? Además, ahora que hay otra persona viviendo en la casa, nuestros gastos aumentarán.

-A ver, entonces, si me hago amiga de la mujer de tu jefe, él te aumentará el sueldo y se planteará ascenderte- dijo la señora Mccourt, intentando poner su mente en orden. Su marido asintió, sonriendo tanto que los labios se le agrietaron -. El problema es que debías haberme avisado con más antelación. ¿Cómo vamos a cenar con tu jefe y su esposa y hacerme amiga de esta si solo hay cuatro platos de comida en la mesa y encima están fríos?

-Siento no haberte avisado con tiempo, pero es que hoy tenía un día muy ajetreado y además...

-¿Ajetreado? ¡Si antes me dijiste que tu jefe entró en tu despacho mientras ordenabas tus libros por orden alfabético porque no tenías nada mejor que hacer! De verdad, esto se cuenta y no se cree.

-Bueno, al principio de la jornada todo estaba relajado, pero después empezaron a pedirme documentos y cosas y, para colmo, como quería decirte antes de que me interrumpieras, el jefe me pidió que fuera yo quien lo llevara a él y a su mujer a mi casa. Y no te lo pierdas, su esposa tardó media hora en prepararse! En fin que, al final, entre todo, se me olvidó llamarte para decirte que venían a cenar.

-¿Entonces, qué hacemos? Porque, aunque hagamos la cena, no tenemos más sillas.

-Tú ve calentándoles dos platos o lo que sea. Mira, ya nos apañaremos sobre la marcha.

Acto seguido, el señor Mccourt abrió la puerta y salió de la habitación. Su esposa lo siguió mientras en su cabeza hacía todo tipo de malabarismos para averiguar cómo enmendar el nefasto comienzo de esa especie de cena de empresa sorpresa.

Cuando la pareja irrumpió en el comedor, encontró a los señores Lawrence sentados a la mesa, con una servilleta puesta a modo de babero y cuchillo y tenedor en mano, mientras que Nora seguía de pie junto al mueble, hambrienta y sintiendo cómo las fuerzas la abandonaban poco a poco gracias a la mezcla que sentía de hambre y cansancio. La señora Mccourt sonrió para calmar un poco el ambiente mientras observaba que los invitados ni siquiera habían tocado el plato de sopa que les correspondía a ella y Nora. Por suerte, a la mujer se le había ocurrido la

mejor manera de remediar todo lo que había pasado.

-Señores Lawrence- dijo -,les ruego, disculpen las molestias. Enseguida les calentaré la sopa y les ofreceré pan de ajo con mantequilla como entrante.

La pareja reaccionó únicamente con un asentimiento que no se sabía muy bien cómo interpretar. Enseguida, la señora Mccourt le ofreció asiento a su marido al lado de su madre, que se bebía la sopa sorbiendo con gusto, como si en vez de sopa fría fuera una auténtica delicatessen valorada en diez millones de libras. La anciana no parecía haberse percatado de la presencia de los Lawrence. Una vez el hombre se sentó, su esposa se inclinó para besarle la mejilla.

-Entretenlos para que no se aburran mientras les caliento los platos- le susurró al oído. Y es que ese había sido la única razón por la que la señora Mccourt, que en ese momento sentía una rabia ardiente como el fuego hacia su marido, le había besado: para comunicarle que debía entretener a los invitados.

La mujer recogió los platos de los invitados, se acercó a Nora y le dijo que se pusiera de pie entre la anciana y su marido y que debía asegurarse de que el segundo no dijera nada que pudiera ser ofensivo. También le dijo que, en caso de que esto sucediera, ella debía cambiar de tema rápidamente, y a cambio recibiría un plato de sopa caliente. La niña obedeció, confiando en que después de cumplir la labor que le habían encomendado, obtendría su recompensa y podría cenar de una vez por todas.

El hombre, al no tener otro tema de conversación, empezó a hablar sobre Nora mientras iba devorando el pan de ajo que segundos antes su mujer había dejado sobre la mesa.

-Hoy mismo, como les estaba diciendo esta mañana, hemos adoptado a una niña- empezó a decir -, aunque supongo que ya se habrán percatado de la presencia de Nora. Estaba en el orfanato de la señora Highsmith y solo les quedaban niñas- el señor Mccourt dejó de hablar y disimuló su falta de ideas cogiendo otro trozo de pan que comió lo más lentamente que pudo. El señor Mccourt no tenía demasiada imaginación, así que no solo no se le ocurría nada de lo que hablarles a su jefe y su esposa, sino que tampoco podía inventarse una anécdota con la que calmar un poco el ambiente. Al final, el hombre dijo lo primero que le vino a la mente -
.Cariño, dime, ¿cómo te ha ido con Nora?

La señora Mccourt, que acababa de poner la sopa en un caldero y encender el fuego para que se fuera calentando, se volvió hacia su marido, sin saber qué decir y prometiéndose a ella misma que, en cuanto la pareja se marchara, cogería un cuchillo y le cortaría la cabeza. La mujer

no estaba segura de si decir la verdad o describir a Nora como la hija perfecta para así quedar como la familia del año delante del jefe de su marido.

La niña se le adelantó.

-La señora Mccourt no responde porque no sabe si decirles la verdad: que ha sido un infierno limpiar conmigo porque soy lo que ella llama "una muchacha insolente" o contarles una mentira para que así quedemos como la familia perfecta- dijo Nora, sonriendo al ver la reacción que estas palabras habían causado en su madrastra. La señora Mccourt había ido abriendo la boca y los ojos como platos a medida que la niña iba pronunciando cada palabra, y a ella le parecía gracioso este efecto, ya que hacía que la mujer se le semejara con un muñeco de una caja sorpresa que iba abriendo los ojos y la boca a medida que ibas girando la manivela.

-¿Acaso te hemos preguntado a ti, niña?- dijo la esposa del señor Lawrence. Inmediatamente, a Nora se le desvaneció la sonrisa. Durante unos segundos reinó el silencio, hasta que la joven añadió-: Esta es una conversación de adultos, así que tú aquí no pintas nada, ¿entiendes?- Nora asintió -.Y espero que no te atrevas a volver a abrir la boca.

La joven cogió un poco de pan de ajo y lo mordió. Su esposo la imitó y los señores Mccourt le dirigieron una mirada asesina a la niña con una coordinación que dejó sorprendida a Nora.

-Y, ¿ya la han castigado?- dijo el jefe un minuto después.

La sopa todavía no terminaba de calentarse.

El señor Mccourt frunció el ceño.

-¿Castigado?- dijo, sin comprender.

El jefe sonrió, quizás con algo de tristeza, mientras observaba a su empleado.

-Señor Mccourt, ya sé que usted es un cacho de pan, pero Nora ha confesado haber sido una auténtica malcriada, y el haber confesado no le va a librar de una dosis de jarabe de palo.

-Señor Lawrence, estoy de acuerdo con usted, pero...

-No, por nosotros no se preocupe. Además, servirá, no solo para que aprenda la lección, sino también para hacer más entretenida la espera.

El señor Mccourt miró a su mujer, que asintió sonriendo, sabedora de que Nora recibiría su merecido, y su marido la imitó. A continuación, el hombre se levantó, miró a la niña con repugnancia, como si ella fuera la rata que hacía horas, cuando ella había estado echándole un vistazo a la buhardilla o, mejor dicho, a su nuevo hogar, se había escapado de algún rincón oscuro de esta, corriendo por toda la casa. En ese momento Nora sintió ganas de actuar como la rata y huir despavorida, pero el miedo provocado por los ojos del hombre, encendidos por la sed de venganza, la paralizó por completo. El señor Mccourt señaló el suelo enfrente de la mesa.

-Ve hasta ahí- le dijo, escupiendo las palabras.

Nora, temblando por completo, se acercó despacio al lugar que había señalado el hombre.

Estaba claro que no solo querían castigarla por haber sido tan antipática, sino que además lo harían enfrente de la mesa, desde donde los invitados podrían disfrutar del espectáculo, así que no solo querían hacerla sufrir, sino que también anhelaban humillarla. Ese día era como si todos estuvieran contra ella, ya que el humillarla no había sido idea de sus nuevos padres, sino de los invitados, que encima habían dicho que sería divertido.

-Ahora, arrodíllate- dijo el hombre una vez Nora estuvo enfrente de la mesa, de cara a todos los presentes.

Todavía temblando y con un nudo en la garganta, la niña se arrodilló con parsimonia. Una vez estuvo arrodillada, el señor Mccourt se acercó a ella, paró al llegar detrás de la niña y se quitó el cinturón. Nora apretó los dientes para contener las lágrimas mientras oía el ruido de la hebilla desabrochándose y... izas! Al sentir el latigazo en la espalda la niña cayó al suelo, aturdida por el golpe. Al principio no había sentido nada, pero ahora la piel de la espalda le ardía como si alguien le estuviera prendiendo fuego. Sin dejarle más que unos segundos efímeros de respiro, el hombre volvió a blandir el cinturón cual látigo y izas! Nora volvió a sentir como si ardientes a la par que hambrientas llamaradas ascendieran por su piel, esta vez sin apenas un segundo de tranquilidad antes de empezar a notar el escozor. Esta vez le había dado en el lado derecho y mucho más fuerte que antes. La vez siguiente tuvo aún menos segundos de descanso y el golpe volvió a ser mucho más fuerte que el anterior. Sin que ella pudiera controlarlo, empezó a sentir que un torrente de lágrimas de agonía que clamaban misericordia le surcaban el rostro y, de nuevo, izas! Esta vez el golpe dio en el suelo, ya que Nora, utilizando las fuerzas que le quedaban y posiblemente impulsada por el pánico, al ver al señor Mccourt blandiendo el cinturón, dispuesto a asestarle un nuevo golpe fatal, la niña lo esquivó rodando en dirección a la mesa. Durante una fracción de segundo, mientras esquivaba el latigazo, pudo ver a la pareja sentada a la

mesa, sonriendo ante ese espectáculo tan repugnante y mezquino. Sin embargo, como también pudo observar fugazmente, la anciana parecía no haberse percatado ni siquiera de que habían otras personas sentadas a la mesa, ya que ella seguía comiendo tranquilamente su sopa fría y su pan de ajo.

Viendo que el hombre se acercaba a ella, instintivamente, la niña volvió a rodar por el suelo, adentrándose esta vez en la parte inferior de la mesa. Cometió un error: al introducirse debajo del mueble, estaba yendo directa hacia la boca del lobo, ya que, una vez ahí, los invitados empezaron a propinarle puntapiés hasta que Nora consiguió zambullirse, haciendo acopio de todas las fuerzas que le quedaban, hasta el exterior y, una vez allí, incorporarse con ayuda de las patas de la mesa. Entonces, ¡zas! Esta vez fue la señora Mccourt quien le hizo daño, propinándole una bofetada que la derribó de nuevo.

-Bueno- dijo la mujer, acercándose de nuevo al caldero donde estaba la sopa, como si no hubiera ocurrido nada -, creo que la sopa está caliente. Nora, deja de hacer el vago y ayúdame.

El señor Mccourt se volvió a poner el cinturón y se sentó en la mesa como si no hubiera pasado nada mientras la niña, a quien le ardía cada molécula de su cuerpo, se levantó como pudo. Calibrando en su mente la posibilidad de intentar no hacer absolutamente nada mal en adelante o protestar por muchas ganas que tenga de hacer lo otro, más por distraerse del dolor que otra cosa, cogió como pudo el plato de sopa que le tendía la señora Mccourt y debía entregarle a la mujer del jefe. Mientras se dirigía a donde estaba sentada la joven, Nora notaba cómo con cada paso que daba tenía cada vez más hambre y le dolían de una manera insoportable los lugares donde el señor Mccourt le había propinado latigazos con su cinturón de cuero.

Tanto le dolían las heridas que, mientras le entregaba el plato de sopa humeante a la mujer, no pudo aguantar más y se le cayó el líquido ardiente sobre el regazo de la esposa del jefe, haciendo que esta profiriera un grito de agonía al recibir el contacto con la sopa hirviente. Inmediatamente después de que Nora le tirara la sopa encima por accidente, la mujer se levantó de la silla, sobresaltada. Su esposo la imitó, cogió la servilleta que se había puesto a modo de babero e intentó tranquilizarla mientras le limpiaba la sopa del vestido. Nora, por su parte, se palpaba el brazo, que le ardía como si una llama estuviera trepando por su piel, al igual que la espalda y las mejillas, donde tenía ahora un morado muy feo.

-¡Ya está bien!-gritó la mujer del jefe, apartando a su marido de un empujón. El señor Lawrence estuvo a punto de caer al suelo -.¡Primero me traes a cenar al culo del mundo con unos señores a los que no he visto en mi vida, después ellos creen entretenido castigar a su repugnante hija

adoptiva delante de nosotros y ahora ella, que está enfadada porque no le han dejado hacer lo que le dé la gana y salirse de rositas, ha cargado contra mí (también un poco porque me tiene envidia, ya que sabe que nunca será como yo, porque nunca nadie, y menos un hombre rico y poderoso, querrá casarse con ella) tirándome la sopa encima y estropeando mi precioso y caro vestido de noche!

-Cariño, yo solo intentaba conseguirte una amiga, que te veo muy sola en la ciudad- se excusó el hombre.

-¿Cómo has podido pensar que a mí me gustaría tener como amiga a la cuarentona fracasada que es esta señora?

-Pues...

-Me voy, y más te vale no volver a fallarme así, ¿entendido? Te esperaré en el coche -la mujer caminó hacia la salida, pero, después de dar unos pasos, se detuvo en seco y se volvió hacia su marido para añadir -: No te olvides de mi abrigo, que estos muertos de hambre son capaces de robármelo y después vendérselo a una rica estúpida por el doble de lo que cuesta.

La joven reemprendió su camino, abrió la puerta al llegar a la entrada y se adentró en el exterior de la diminuta casa, donde el cielo nocturno bañado por las minúsculas estrellas que lo acompañaban siempre, se había apoderado del paisaje. El señor Lawrence, alarmado por la actitud de su mujer, se acercó al sillón, cogió su sombrero, se lo puso y tomó también el voluminoso abrigo de piel de su esposa y su sombrero rojo.

Cuando el hombre estaba a punto de salir por la puerta, el señor Mccourt se interpuso entre este y la salida, con la esperanza de calmar a su jefe a través de una disculpa.

-Señor Lawrence, siento lo que ha pasado...

-Ahórrese las molestias, señor Mccourt. Está despedido.

El hombre, incapaz de reaccionar, se limitó a mirar a su jefe como si él fuera la persona más extraña de la Tierra. Aprovechando este momento de debilidad, el señor Lawrence lo apartó de su camino con un muy delicado empujón que apenas le desequilibró y, como había hecho su mujer, salió a las verdes praderas, al amparo de la oscuridad que teñía el paisaje casi completamente de negro. El señor Mccourt, un poco recuperado de la noticia, dispuesto a luchar por su empleo y comprendiendo que el coche en el que la pareja estaba dispuesta a partir era suyo, corrió detrás de su jefe y lo asió del brazo justo cuando estaba

dispuesto a adentrarse en el vehículo.

-Señor Lawrence-dijo, jadeando debido al estrés y al cansancio -,por favor, no puede hacerme esto, tengo una madre, una esposa y ahora también una hija, a las que debo mantener. Deme otra oportunidad. Si vuelve a cenar con nosotros, le aseguro que esta vez conseguiré que su esposa y la mía se hagan amigas...

-Lo siento, de verdad, pero ya he hecho todo lo que he podido.

-¿Cómo?

-Eres uno de nuestros peores abogados, pero también el que mejor me cae y el único que tiene a una familia. Por eso, cuando me di cuenta de que debía despedirte esta misma tarde porque los clientes insatisfechos me estaban molestando demasiado, en vez de hacerlo, te di la oportunidad de que nuestras mujeres se hicieran amigas para que ella también suplicara que no te echaran y al final, ante tanta presión, tuvieron que ceder y mantenerte en tu puesto. Pero lo siento, te di una oportunidad y la desaprovechaste, así que ahora debes sufrir las consecuencias.

Acto seguido, el hombre dejó el abrigo y el sombrero sobre el capó del coche, abrió la puerta del conductor, cogió las prendas y las puso sobre el asiento del copiloto. Se adentró en el vehículo, cerró la puerta y bajó la ventanilla para dirigirle unas últimas palabras al señor Mccourt, altas y claras, como él.

-Por cierto, este coche es ahora mío, por las molestias causadas durante la cena-dijo, y bajó la ventanilla, arrancó el coche y se alejó de la casa de los Mccourt.

Mientras el hombre observaba cómo el nuevo coche de su jefe se alejaba entre las verdes colinas, la hierba húmeda y los frondosos bosques, arropados por el oscuro manto de la noche, que todo lo cubre, apretó los puños con rabia, atribuyéndole el mérito de todas las desgracias que en ese día habían acontecido a Nora, sin la que a lo mejor habría podido seguir en su trabajo o incluso tener además un aumento de sueldo. Apretó los dientes y sonrió, recordando cómo hacía unos minutos había dado su merecido a esa mocosa arrogante y anhelando poder volver atrás en el tiempo para hacer que ese momento durara mucho más. Sin embargo, mientras observaba el paisaje centrado en sus pensamientos, al señor Mccourt ni se le pasaba por la cabeza hacerle de nuevo daño a Nora, no porque de repente se sintiera generoso o algo parecido, sino porque, por muy furioso que estuviera, también estaba demasiado cansado, de manera que ya mañana le infligiría algún castigo físico.

Capítulo 5

4. Huyendo al bosque.

Después de estar diez minutos observando el paisaje nocturno, el señor Mccourt entró de nuevo en su casa, donde se paró en seco al llegar a la altura de la mesa. Su madre estaba sentada de nuevo mientras tejía una larga bufanda de lana de diversos colores. Su mujer estaba sentada en el sillón, observando la leña arder en el interior de la chimenea, ensimismada. Nora estaba en la mesa, comiendo la sopa caliente que el señor Lawrence ni siquiera había probado, ya que, cuando estaba a punto de hacer esto, fue cuando a la niña se le cayó el plato de sopa.

El hombre se acercó a ella y la observó con repugnancia.

-¿Sabes qué animales se aprovechan también de las sobras?- dijo el señor Mccourt. Nora siguió disfrutando de su sopa, ajena al mundo que la rodeaba, al igual que antes había actuado la abuela. El hombre prosiguió con la conversación, convertida ahora en monólogo, al comprender que Nora no se molestaría en contestarle -. Los buitres. Esos horrorosos y malnacidos carroñeros de cuello rosa y plumas blancas y negras son como tú: se aprovechan de las sobras, dejan que los carnívoros le hagan todo y después ellos disfrutan de una cena que se les ha puesto en bandeja.

-Yo no soy un buitre- replicó Nora, sin apartar la vista de su sopa -. No ha sido muy educado por mi parte el haber replicado una y otra vez a la señora Mccourt, lo admito, pero ella también podría haber limpiado un poco esta casa antes de mi llegada, al menos una sola vez o dos.

-¿Cómo te atreves?- gritó la señora Mccourt desde su puesto enfrente de la chimenea-. Yo trabajo muy duro todos los días para dejar esta casa impoluta.

-Dejar la suciedad debajo de la cama o en los lugares fuera de la vista, no se considera limpiar- dijo Nora -. Además, me mandaste más de una vez a limpiar cosas que ya estaban limpias y relucientes...

-¡Esta bien!- dijo el señor Mccourt, y a continuación señaló al techo -. ¡Pensaba que recapacitarías un poco sobre lo que has hecho, pero, como veo que eres una cabezota de marca mayor, iré directo al grano: sube ahora mismo a tu habitación!

Nora, agradeciendo en parte la obligación, se levantó de la silla, con el hambre medianamente saciada, y se dirigió a la habitación de sus padrastros, donde, una vez dentro, ascendió las escaleras que daban a la

buhardilla, entró en su nuevo "cuarto" y, después de gatear hasta la cama, se desplomó encima de esta, exhausta. El colchón estaba lleno de bultos y chinches que le empezaron a picar por todo el cuerpo segundos después de haberse acostado sobre la cama. Sin embargo, estaba tan cansada que le dio absolutamente igual todo. Solo hizo falta que contara hasta tres para sumergirse en un sueño profundo que le supo a gloria.

Mientras ella descansaba, los señores Mccourt estaban cenando en silencio, esperando a que la niña se durmiera cuando en realidad ya hacía por lo menos un minuto desde que Nora se rindió a la fantasía de los sueños, donde todo puede pasar. La niña se despertó media hora después, no porque estuviera descansada, sino porque había tenido una pesadilla. En su sueño se encontraba en un lago rodeado por frondosos árboles que parecían gigantes de madera rasposa, ramas robustas y tronco nudoso, cubiertos por una enorme cúpula de hojas que se empezaban a teñir de rojo con la llegada del otoño. Enfrente del lago, del que ascendían columnas de vapor que iban tiñendo poco a poco el paisaje de blanco, había una mujer de cara a las aguas. Su larga melena, tan rubia que parecía de color blanco, le descendía por la espalda como una avalancha de nieve blanca y recién caída. Iba ataviada con un vestido largo, también blanco, con una capa transparente y llena de pequeños destellos azulados. Su piel era tan pálida que, si no te fijabas bien, parecía que el vestido se le hubiera fusionado con ella. Daba la impresión de que la mujer, quieta como estaba, se había convertido en una aterradora a la par que fantasmagórica estatua de mármol.

Después de unos segundos, la doncella se volvió hacia Nora. Sus ojos eran grises e inexpresivos, sus mejillas carecían de color, sus labios eran los únicos que tenían un tono que no fuera blanquecina, sino rojo intenso y, en general, toda ella parecía sacada de la imaginación de una de esas antiguas leyendas celtas que a ella

tanto le gustaba leer en sus libros de fantasía. La mujer observó a Nora, indiferente, y después de unos segundos sonrió y se puso a reír. La niña se estremeció al oír su risa, que sonaba como si mil campanillas dispuestas en las copas de los árboles que las rodeaban, empezaran a tocar su aguda y un tanto estridente melodía al son de la brisa otoñal.

-Tú serás la siguiente- dijo, sonriendo. Su voz era similar a un susurro rasposo, aunque en realidad hablaba en un tono normal -. Tú serás la siguiente.

Después de despertarse, Nora escuchó la conversación que empezaban a mantener los señores Mccourt, quienes habían esperado media hora para empezar a hablar, ya que así se aseguraban de que la niña no les escuchara. No tenían ni idea de que habían perdido el tiempo, ya que de

todas formas Nora lo escuchó absolutamente todo.

-¿Estás segura de que se ha dormido?- dijo el señor Mccourt.

-Es imposible que siga despierta- replicó su mujer.

-Bueno, ya he hablado con la señorita Highsmith por teléfono. Dice que mañana a las nueve de la mañana recogerá a Nora y, como le hemos caído bien, nos devolverá el dinero.

-Me alegro, ya te dije que debíamos buscar en otro orfanato.

-Cariño, creo que no nos podemos permitir adoptar de nuevo.

-Así mejor, al fin y al cabo.

El señor Mccourt suspiró.

Su mujer se levantó de la silla donde se encontraba, fue por detrás y lo abrazó, apoyando la cabeza en su hombro, para susurrarle al oído:

-Te aseguro que nuestros problemas se solucionarán cuando ese demonio de niña se marche-

Nora no pudo escuchar más porque entonces el sueño la volvió a vencer. Durmió plácidamente hasta que volvió a despertarse a las cuatro de la mañana, esta vez descansada y con la mente despejada. Nora era una de esas personas que necesitaban pocas horas de sueño para estar por la mañana como nuevas. Poco a poco, fue recordando todo lo que había pasado el día anterior: la visita de los Mccourt al orfanato de Highsmith, el viaje en coche hasta la diminuta casa de la pareja, las siete horas que se pegó limpiando la casa con la señora Mccourt (entre otras cosas porque la mujer, que estaba aburrída o simplemente era una bruja, le obligaba a limpiar cosas que ya lo estaban), la desastrosa cena, el sueño y la conversación. Al recordar todos estos sucesos, la niña se dio cuenta de que un día con los Mccourt había sido más que suficiente, y si no se marchaba de esa casa por su propio pie, a la mañana siguiente la llevarían ellos personalmente de vuelta al orfanato, de manera que decidió que ella ya no pintaba nada ahí.

Se incorporó de súbito y cogió las cerillas que el día anterior había guardado en el calcetín. Una vez hizo esto, dejó la cajita sobre la cama, bajó de esta y gateó hasta el baúl que había a los pies del lecho. Cuando lo abrió, lo primero que hizo fue sacar de él la maleta, dejarla sobre el suelo y coger una de las gomas para el pelo para así hacerse una coleta. Después cerró el baúl, se puso los zapatos que la noche anterior había dejado al lado de la cama, junto a la lámpara de gas, y abrió la maleta para sacar de ella el abrigo que guardaba para ocasiones especiales y

días fríos.

Cogió la caja de cerillas, se puso de rodillas frente a la lámpara de gas, encendió una y la utilizó para encender la lámpara. Se guardó el resto de la caja en el bolsillo del abrigo y, portando la lámpara con una mano y la maleta con la otra, recorrió el interior de la buhardilla hasta llegar al hueco de las escaleras, las cuales bajó con cuidado para no caerse y hacer el menor ruido posible.

Los señores Mccourt, que tenían un sueño extremadamente profundo, no reaccionaron lo más mínimo cuando Nora, mientras salía del cuarto, se tropezó con uno de los cubos que servían como orinales, manchándose de nuevo las suelas de los zapatos de orina humana y profiriendo un escándalo que habría despertado a una persona normal. Mientras salía con cuidado para no hacer ruido, la niña apenas se fijó en que la pareja no respiraba y su piel había adoptado un tono pálido que no era normal.

Cuando por fin salió del cuarto, lo primero que vio Nora fue a la madre del señor Mccourt, que la miraba fijamente desde su silla, con los dos grandes alfileres en sus nudosas manos, las pupilas dilatadas y un hilo de sangre que empezaba a coagular cayéndole de la comisura del labio. Ante la imagen de la anciana muerta a Nora se le heló la sangre. Parecía una estatua de cera. No pudiendo soportar un segundo más la horrorosa estampa, la niña, dándole la espalda, dejó la maleta en el suelo, abrió la puerta, recogió la maleta lo más rápido que pudo y se echó a correr sin mirar atrás y guiada únicamente por la luz amarillenta de la lámpara de gas.

Antes de que se diera cuenta, estaba en el corazón de un frondoso bosque, a decenas de kilómetros de la casa de los Mccourt. Solo entonces, ahora que se paraba a pensar en ello, se preguntó cómo ella, una niña de ocho años, sin dinero, padres y más pertenencias que una maleta, una caja de cerillas y una lámpara de aceite, sobreviviría en mitad de las praderas de Gales, donde uno tenía suerte si encontraba un pueblo como mucho a diez kilómetros y en esa época llovía la mayoría de las veces todos los días de la semana. Y eso que no había llegado el invierno, cuando el panorama era el mismo, solo que con nieve, que era peor y más fría, en vez de lluvia.

Consciente de que debía tomarse un descanso, Nora dejó su maleta ahí mismo, al lado de un árbol alto y robusto y, con la única compañía de su lámpara de gas, fue a buscar ramas y hojas para encender una hoguera. Una vez hubo reunido suficiente combustible, lo dejó enfrente del árbol donde se encontraba su maleta, se sentó, apagó la lámpara de aceite, sacó de nuevo una cerilla de las que habían en la caja que ahora guardaba en el bolsillo del abrigo (que decidió ponerse porque era una carga innecesaria y hacía frío) y, con mucho esfuerzo para que la llama no se extinguiera, consiguió encender una hoguera que le proporcionaría luz y

calor hasta que lloviera o, con un poco de suerte, el sol asomara sus rayos por el horizonte antes de que se pudiera extinguir el fuego. Nora apoyó la espalda contra el tronco del árbol y, volviendo a comprender que se encontraba completamente sola e indefensa, se abrazó las piernas, ocultó el rostro tras las manos y lloró desconsoladamente.

Capítulo 6

5. Criaturas fantásticas.

A los cinco minutos, la niña dejó de llorar súbitamente, alzó la vista y miró en derredor.

Campanillas.

Las escuchaba; de una forma muy leve, es verdad, pero las escuchaba.

Rápidamente, cogió una cerilla, volvió a encender la lámpara de gas, la cogió y caminó por el bosque, siguiendo el leve tintineo que resonaba en su cabeza.

Conforme se iba acercando al lugar de donde provenía esa musiquilla aguda y vulgar, sin notas, nada más que un constante tintineo, esta se iba haciendo cada vez más fuerte hasta que, cuando notaba que ya estaba cerca del lugar de donde provenía, vio a través de los árboles un lago de aguas cristalinas, iluminadas únicamente por la luz de la luna. Lo que le sorprendió fue que el ruido de campanillas provenía del interior de las aguas, de manera que, cuando se detuvo al llegar a la orilla del lago, pudo oír la música como si las instrumentos estuvieran a su lado. Se arrodilló para contemplar las aguas del lago. Por un segundo, le pareció ver el contorno de un edificio en el fondo de las aguas, pero era imposible, estaba claro que solo había sido una obra de su imaginación o, tal vez, el cansancio, aunque descartó esa opción porque no se sentía nada cansada. De repente, escuchó cómo algo se movía entre los árboles que habían en la otra orilla. Nora sintió el impulso de salir corriendo y esconderse tras el tronco de un grueso árbol y así, por puro instinto, fue como lo hizo, no sin antes apagar la lámpara de gas con un rápido movimiento.

Desde su refugio tras el tronco de uno de los árboles grandes que habían cerca de la orilla del lago, Nora vio emerger desde las profundidades del bosque una figura que hizo que se le helara la sangre. La figura portaba un nudoso bastón de madera que sujetaba con una mano de dedos largos y nudillos como pelotas de ping-pong, tan morenos que parecían hechos de ramitas que la persona se había encontrado por el camino. Tenía la espalda tan encorvada que, aunque debía medir por lo menos un metro setenta y cinco, parecía que su estatura era de uno veinte. Iba vestida con una capa oscura que le cubría todo el cuerpo. Pero lo que más asustada, era su rostro. Su nariz era muy distinta a la de una persona normal: la tenía en forma de media luna, con la punta curvada apuntando al suelo, múltiples verrugas y dos orificios nasales tan diminutos que parecían dos lunares. El pelo que sobresalía de la capucha era bastante

escaso, nada más que unos largos mechones de color blanco que le caían a ambos lados de la cara y algunos pelos sueltos enfrente de esta. Sus ojos eran pequeños, inquietos y negros, como dos boliches. Además, su piel era tan oscura que toda ella parecía ser una especie de títere de madera vieja.

La criatura alzó la mano y lentamente la movió de este a oeste, como si estuviera siguiendo con la mano la entrada y salida del sol. Mientras hacía esto, de su mano emanaban volutas doradas que cubrieron la superficie del lago para formar un puente hecho de oro y con hermosas decoraciones que le hacían adquirir el aspecto del puente más hermosos jamás creado. La criatura cruzó el puente con tranquilidad y, al llegar a la orilla opuesta, se volvió rápidamente hacia la figura de oro y, con un simple movimiento de mano, hizo que este se desvaneciera tan rápido como había aparecido.

Nora siguió observando, sin saber cómo reaccionar. Enseguida identificó la figura: acababa de ver y estaba viendo a una bruja, no como la señora Mccourt, sino como las que salían en sus libros de fantasía.

Entonces, varias columnas de vapor blanco y opaco emergieron de las profundidades del lago como por arte de magia, cubriendo toda la superficie de las aguas. De entre la espesa nube de vapor emergió una barquita de madera vieja y muy sencilla sobre la que navegaban tres mujeres de pelo largo, vestidas con grandes túnicas blancas que les llegaban hasta los tobillos y capas de seda, tan blancas que se confundían con el vapor, el cual se disipaba a medida que el trío se acercaba a la orilla, donde la bruja las esperaba impaciente. Cuando las tres mujeres posaron sus diminutos y pálido pies enfundados en diminutos zapatitos plateados sobre la orilla del lago, Nora identificó a esas criaturas, que debían ser de la misma especie que la que había visto en su sueño.

"¿Cómo no me he dado cuenta antes?" pensó la niña. Esas criaturas, las tres que se acababan de bajar del bote, se llamaban Gwagedd Annwn y eran divinidades galesas de las aguas. Según había visto en un libro, las Gwagedd Annwn engañaban a hombres para que se convirtieran en sus esposos.

Según una leyenda, un hombre que paseaba a orillas de uno de los lagos de Gales, vio cómo una barca sobre la que navegaba una mujer de cabellos largos y belleza indescriptible, aparecía desde uno de los extremos de las aguas sin que él llegara a saber muy bien cómo había aparecido. Cuando la mujer llegó a la orilla, el hombre le dijo que ella era la más hermosa que había visto nunca, y ella rio. Al final, acabaron casándose, pero con una condición: si él le pegaba tres veces, ella volvería al lago. Los sentimientos de las Gwagedd Annwn son difíciles de entender para los humanos, son capaces de llorar de tristeza un alegre y feliz día de primavera en el que el sol resplandece, el cielo se muestra

inmenso y azul y las flores emanan sus gustosas y delicadas fragancias de ensueño, como de ponerse a reír a plena carcajada durante un oscuro y tenebroso día de tormenta en el que parece que todo va a ser consumido por este temeroso capricho de la naturaleza. De manera que, en tres ocasiones, el hombre le dio una palmadita cariñosa en la espalda a modo de consuelo y esto bastó para que la bella criatura volviera a desaparecer entre las aguas del lago para no volver a ser vista por ese hombre nunca más.

También hay un rumor que dice que las Gwragedd Annwn viven en preciosos edificios de piedra situados en el fondo de los lagos.

-Menos mal que por lo menos ustedes ya han llegado- dijo la bruja. Su voz era la misma que Nora siempre había pensado que tendría una bruja: aguda y un poco rasposa.

-¿Por qué las brujas han concertado una cita con nosotras?- dijo una de las Gwragedd Annwn. Su voz era similar a un susurro tranquilizador.

-Por lo visto, últimamente hemos tenido pocas presas.

-¿Y qué?

-Que no es que tengamos pocas presas porque ya apenas hayan niños que se pasen el día en el bosque, es que no los hay porque alguien, que no es una bruja ni ninguna otra criatura de esta zona, está atrapando a todos los niños, arrebatándonos las presas, y, si no solucionamos esto, tarde o temprano, por un lado o por otro, habrá una guerra.

-¿Y qué?- repitió la misma Gwragedd Annwn, y añadió -: Nosotras no tenemos nada que ver con eso.

-Sí que lo tienen, ya que las teorías que se mantienen sobre quién ha sido el que ha provocado este suceso son que: Marga Powler o Juanita Dientesverdes han traspasado los límites de Escocia y nos están robando todas las presas, por lo que hay que pararles los pies inmediatamente, o que una de su especie ha sido víctima de un hechizo mal ejecutado que, no solo le ha dado poderes que escapan a su alcance, sino que a su vez estos la han trastornado.

Las cuatro se quedaron calladas. Las Gwragedd Annwn no sabían qué decir ni cómo reaccionar a la noticia. Se quedaron en silencio, impenetrables, mirando fijamente a la bruja. Parecían cuatro estatuas que alguien había dejado tiradas a la orilla del lago. Entonces fueron interrumpidas por un zumbido lejano, similar al ruido de un avión intentando aterrizar después de haber sufrido una avería grave. Nora miró al cielo y a la luz de la luna distinguió a tres siluetas que volaban hacia el lago. Dos de ellas volaban más lentamente que la otra y con dificultad,

describiendo círculos en el aire o cayendo un metro en picado antes de volver a tomar el control. Cuando estuvieron a un kilómetro del lago, cayeron en picado a una velocidad de vértigo para segundos después aterrizar suavemente al lado de la bruja y las tres Gwragedd Annwn. Una vez aterrizaron, Nora pudo admirar que eran tres brujas, visiblemente más jóvenes que la otra, de pelo negro y con las mismas manos nudosas, nariz en forma de media luna, ojos pequeños y negros y fosas nasales y boca diminutas. Las tres tenían las escobas con el palo de madera vieja y llena de astillas y la paja de la punta seca y tan vieja que se les habían caído trozos por el camino. Nora observó que dos de las brujas portaban sacos cuyo interior se revolvía como si dentro hubiera una revoltosa criatura. Justo cuando una de las brujas despegaba los labios para hablar, los sacos se quebraron y de ellos escaparon un torrente de agua y dos criaturas pequeñas, semejantes a un diablillo de cuerpo esquelético hecho a partir de ramas y plantas acuáticas. Las dos horrendas y diminutas criaturas se dirigían al bosque, donde se encontraba Nora, como si algo que se encontraba entre los árboles las hubiera excitado. Enseguida, las tres brujas sacaron sus varitas, mientras que la mayor blandió su bastón, y utilizaron un conjuro para convertir dos litros de agua del lago en dos burbujas de agua en las que enseguida, también usando un hechizo, introdujeron a las dos criaturas en su prisión de agua, pero haciendo uso de sus cortas, y no por eso desafiladas, garras, deshicieron la burbuja, convirtiéndola en simple agua del lago que cayó sobre la hierba y después volvió a su lugar. Una vez cayeron en la hierba, las criaturas se retorcieron sobre esta. Sus esqueléticos y diminutos cuerpecitos rodaron describiendo círculos y se convulsionaron como dos marionetas, una de madera y la otra de algas, con la cabeza hecha de una gran pelota partida a la mitad, ya que su boca era una simple hendidura que les cubría la cara. Sus ojos eran grandes y saltones y sus cuerpos parecían estar compuestos por ramas secas. Las brujas las cogieron por una pierna usando sus dedos largos y apartándolas de su cuerpo, ya que las diminutas criaturas no dejaban de retorcerse como lombrices a las que un niño coge de entre la hierba para jugar.

La bruja mayor parecía bastante enfadada con las otras. Se llevó las manos a las caderas y pareció echar humo por las orejas.

-Ya me pueden ir dando una explicación- dijo, su voz aguda ahora radiante de rabia.

Las tres brujas se miraron. Habló la que no sujetaba a ninguna de las criaturas.

-Hicimos lo que nos pediste: fuimos a Escocia para encontrar a Marga Powler y Juanita Dientesverdes. No habían traspasado la frontera, por lo visto. Siguen sembrando el pánico en las tierras vecinas, lejos de aquí...

bueno, al menos lo hacían.

-Vale, eso me lo imaginaba- dijo la bruja mayor -,pero, ¿cómo se les ocurre traerlas aquí?

Tanto Marga Powler como Juanita Dientesverdes son criaturas que habitan en los ríos de Escocia y ahogan a los niños despreocupados que juegan a orillas de las aguas para devorarlos. Estas criaturas, por el hecho de que rondan por los ríos y devoran a inocentes niños que juegan por ahí, son semejantes a los Kappa japoneses, que son duendes a los que los padres les suelen hacer ofrendas en unos templos dedicados a ellos para que no se lleven a sus hijos.

-Verá- dijo otra bruja -,pensamos que a lo mejor alguna de las dos nos ayudaría a encontrar a los niños.

-Pero, ¿son conscientes de que si se escapan pueden alterar el orden del bosque aún más?

La bruja que había empezado la conversación despegó los labios para hablar justo cuando de nuevo el lago fue envuelto por una espesa y blanca capa de vapor. Todos se volvieron hacia las aguas, escucharon cómo alguien reía a carcajadas desde ellas y, de entre la nube blanquecina, apareció una vieja barca sobre la que se encontraba otra Gwragedd Annwn, que no cesaba de reír como una loca. Cuando pisó la orilla, miró a sus compañeras riendo.

-He decidido que ya no puedo aguantar más, debo confesar que yo soy la culpable de que esos niños hayan desaparecido -todas la miraron con la boca abierta. A las brujas casi se les caen las dos criaturas -. No pongan esa cara. Yo no he sido quien les ha estado quitando las presas a las brujas, pero soy en parte la culpable de ello.

"Verán, yo estaba celosa de una amiga mía porque ella había conseguido más maridos este año y siempre se pone a alardear de ello. Así que le pedí a una bruja una pócima para que ella, mi amiga, se convirtiera en una asquerosa rana de charca. La hechicera me entregó el bote sin tapar, alegando que no encontraba la tapa. De modo que, mientras volvía al lago, en el recipiente cayeron unas cuantas ramitas y hojas secas de roble que se disolvieron en el líquido antes de que pudiera quitarlas. Pensé que apenas alteraría la fórmula de la poción, así que después le entregué la pócima a mi amiga alegando que le haría rejuvenecer, ella bebió un largo trago y... de repente, sin previo aviso, el frasco se le resbaló de las manos, sus ojos adoptaron un semblante de maldad e indiferencia y fue hasta la orilla para después adentrarse en el bosque. La seguí, sorprendida porque seguía siendo tan hermosa como antes, y andamos hasta llegar a la orilla de otro lago, mucho más pequeño que este, pero que no llegaba a ser una charca. Ella parecía no darse cuenta de que me

encontraba a su lado, como si estuviera en otra dimensión. Tuve la esperanza de que en cualquier momento se convirtiera en una rana, pero no fue así. Empezó a cantar. Su voz era aguda y las risitas que se colaban entre estrofa y estrofa no sonaban como risas, sino como campanillas que se encontraban en su garganta. Minutos después, una auténtica estampida de niños, todos varones, se acercaba al lago, corriendo como si les hubiera dado una especie de arrebató. Asustada, me escondí tras un árbol y observé cómo, esquivándola con impresionante coordinación e hipnotizados por la música, todos los niños se sumergieron en las aguas, ahogándose segundos después y a continuación emergiendo del fondo del lago, boca arriba, con los brazos cruzados, una margarita en la mano y los ojos abiertos. Mi amiga fue adentrándose en las aguas y, mientras caminaba haciendo siempre pie aunque el fondo estuviera a unos tres metros, les fue tocando la frente a los inertes cuerpecitos. Conforme los iba tocando, sus cuerpos se convertían en figuras de ajedrez que estaban hechas de cristal y aun así flotaban. Cuando las decenas de cuerpos se habían terminado de convertir, ella los recogió uno a uno, metiéndolos en una caja de cristal que sacó del fondo del lago. Una vez las figuras estuvieron dentro de la caja, volvió a la orilla y, de alguna forma que aún no logro entender, hizo que de las profundidades de las aguas, entre densas columnas de niebla, emergiera un pequeño palacio de cristal. Dio un paso hacia el agua y, en vez de hundirse, caminó perfectamente sobre la superficie para después encerrarse en el edificio. Desde entonces, atrae a los niños hasta su lago y, gracias al poder de su canción, ellos se ahogan voluntariamente en las aguas y, una vez sus pálidos cuerpecitos sin vida emergen de las profundidades, los convierte en una figura más de su colección. Creo oportuno decir ahora que están presentes cuatro brujas que a lo mejor consiguen deshacer el hechizo.

Todas se quedaron de nuevo en silencio. Solo se escuchaba la irritante risa de la Gwagedd Annwn y los chillidos de Marga Powler y Juanita Dientesverdes, que seguían retorciéndose como gusanos mientras dos de las brujas las cogían de una pierna.

-No se me ocurre ninguna forma de revertir el hechizo- dijo al fin la bruja mayor.

Las demás brujas suspiraron, creyendo que sería su fin ahora que no se podían divertir asustando a los niños despistados que vagaban por el bosque solos o comiéndoselos y que, debido al descontento que reinaría en la población de criaturas mágicas por el hecho de que no hubieran niños despistados en el bosque, comenzaría una guerra.

Entonces, sucedió: las dos esqueléticas criaturas, que todavía colgaban de la pierna que les agarraban las brujas, consiguieron por fin zafarse de sus atracadoras y se adentraron en el bosque. Nora, viendo cómo se acercaban, se quedó paralizada. Temía que si se movía delataría aún más su presencia. Antes de que se diera cuenta, las dos criaturas llegaron a su

altura y empezaron a mordisquearle las rodillas y los brazos. Suerte que, como Nora se había puesto aquel abrigo gigantesco y llevaba una falda larga, no le hacían todo el daño que serían capaces de hacerle. Sin embargo, aun así los mordiscos dolían y no tardarían en arrancarle la ropa, de modo que la niña se tiró al suelo y, sintiendo cómo las ramitas que habían sobre la hierba le atravesaban la piel como cuchillas diminutas a la par que letales, aunque no eran lo suficientemente afiladas como para matarla o hacerle algo más que varios rasguños medianamente profundos, e ignorando que las brujas y las Gwraedd Annwn estaban en la orilla del lago, Nora se arrastró hacia esta. Mientras lo hacía, sentía cómo las criaturas le propinaban numerosos mordiscos intentando arrancarle toda la carne de las piernas. Las dos, comprendiendo que su presa no dejaría de moverse hasta que la mataran, cogieron a la niña por los pelos y ellas mismas la arrastraron a la orilla con la intención de ahogarla. Nora sintió cómo se le hacía un nudo en la garganta y la vista se le tornaba borrosa gracias a las lágrimas de dolor que pugnaban por salir de sus ojos mientras las dos criaturas le tiraban del pelo con todas sus fuerzas y sin piedad alguna. Entonces, cuando ella pensaba que estaban a punto de arrancarle el cuero cabelludo, sintió cómo de repente dejaba de notar los horribles tirones, escuchó cómo la bruja mayor decía algo y a continuación notó que unos dedos largos la cogían por las axilas y la arrastraban, esta vez de una forma más delicada, hasta la orilla del lago, donde hicieron que apoyara la espalda en el tronco de uno de los árboles.

Cuando Nora se tranquilizó y abrió los ojos, lo primero que vio fue a las tres brujas, mirando con cara de incompreensión a las dos criaturas, que tenían puesto una especie de bozal y a quienes dos de ellas sujetaban por los pies para que no se escaparan. También vio a la bruja mayor, de cuyas manos de dedos largos salían rayos plateados que envolvían su pierna, curando los múltiples mordiscos que le habían propinado Marga Powler y Juanita Dientesverdes.

-¿Qué haces?- le preguntó una de las brujas jóvenes.

-Esta niña nos puede ser de mucha utilidad- respondió la bruja mayor sin apartar la vista de la pierna de Nora.

-¿Cómo?- preguntó una Gwraedd Annwn.

Marga Powler, que había conseguido zafarse de su opresora, empezó a trepar por el brazo de Nora y se detuvo al llegar a su hombro para observarla de cerca.

-Yo también creo que nos puede ser de utilidad- dijo con su voz aguda, relamiéndose, aunque, ahora que tenía bozal, no podía hacerle nada a la niña.

-Me refiero a que a lo mejor puede ser ella quien consiga derrotar a la Gwagedd Annwn hechizada- los rayos plateados dejaron de salir de sus manos y curar la pierna de Nora, ya que estaba curada de una vez por todas. A continuación, después de coger a Marga Powler de sus ropas hechas harapos y dejársela a una de sus compañeras, la bruja mayor sacó un frasquito de cristal tapado del interior de su túnica -. Si abrimos este frasco en el interior del palacio de cristal que ella nos ha descrito, podríamos revivir a los niños y hacer que salgan a la superficie de nuevo con forma humana. Al principio pensé en hacer esto, pero después me di cuenta de que solo pueden acceder a ese sitio la Gwagedd Annwn y los niños, convertidos o no en figuras. Si alguna criatura que no fuera un niño humano o ella intentara entrar, gracias al hechizo, el palacio se desvanecería antes de que pudiera rozar siquiera su superficie. Esto lo sé porque sucedió algo parecido, creo que en el siglo XVII: una bruja amiga mía quiso vengarse de un hada que se había reído de ella por su aspecto, así que preparó la misma pócima que antes mencionó la Gwagedd Annwn, pero en ella cayeron unas ramitas que se disolvieron antes de que las pudiera quitar. No hace falta que explique lo que pasó. Mis compañeras tardaron un siglo (literalmente) en derrotarla y al menos esta no se ponía a matar solo a niños, de manera que no había riesgo de hambre y guerra. Tenía un palacio hecho de hojas secas y, después de matar a aquellos hombres que se acercaban a ella, atraídos por su canto, los convertía en hojas secas – ahora la bruja miró a Nora, quien había estado escuchando con atención. Se dirigió a la niña después de tomarle la mano, abrísela, depositar sobre su palma el frasco y volverla a cerrar -. Debes deambular por el bosque y, cuando lo percibas, seguir el canto de la Gwagedd Annwn. No dejes que ella vea el frasco y, recuerda, nunca te dejes llevar por el canto de la criatura hechizada. Es como el de una sirena: te atrae hacia la muerte. Espero que tengas la suficiente fuerza de voluntad como para ser capaz de hacerlo. Una vez ella deje de cantar y se dé cuenta de que no te has ahogado, dile que le retas a un duelo, el que ella quiera, y, si tú ganas, debe liberar a todos los niños y revivirlos, mientras que, si ella gana, te convertirás en una figura. Recuerda esto: has de abrir el frasco en el momento exacto. Será rápido, pero en el caso de que ella vea la pócima o sospeche siquiera, date por muerta, a ti, al resto de los desdichados niños que vaguen por el bosque y a las criaturas que habitan en él, que conviven unas con otras constituyendo ese mundo lleno de fantasía que los humanos tanto anhelan alcanzar hasta el punto de arriesgar su vida por entrar en el corro de unas hadas u obtener alguna prueba de que nosotros existimos. Adelante, no tienes tiempo que perder. Nuestro futuro está en tus manos, niña.

Capítulo 7

6. Piezas de cristal.

Nora observó el cielo, oscuro y solo iluminado por los diminutos puntos de luz blanca que lo moteaban y la gente acostumbraba a llamar estrellas. A su alrededor, todos los árboles parecían iguales y con cada paso que daba, notaba la fría superficie del diminuto frasco en la piel de sus tobillos, ya que se había escondido el recipiente en el calcetín porque lo creía el mejor escondite y además no se le ocurría ninguno mejor. Ahora se estaba planteando si aquella había sido una buena elección. A pesar de que no oía nada, algo le decía que iba por buen camino.

Mientras se seguía adentrando en el bosque, se preguntó si el resto de los niños que se habían convertido en figuritas de cristal habían soñado con la Gwragedd Annwn hechizada antes de que esto sucediera, como le había pasado a ella.

Entonces frenó en seco y agudizó el oído.

Escuchaba un canto, similar al que le habían descrito e igual al que minutos antes había escuchado, que provenía del interior del bosque, casi del extremo sur. Siguió la música. A medida que lo hacía, esta se iba haciendo cada vez más fuerte hasta que logró escucharla casi como si estuviera al lado de quien estaba cantando, justo cuando llegó a una parte del bosque en la que una niebla blanca y algo densa se colaba entre los árboles. Podía sentir su presencia, el corazón se le aceleraba conforme la canción iba transcurriendo y, sin embargo, se quedó quieta ante lo que debía ser el umbral del lago y, por tanto, de su pesadilla. Suspiró, deseando que todo saliera bien, y se adentró entre los árboles entre los que se filtraban columnas de niebla. Después de esto, vio que se encontraba de cara a la misma mujer que había visto en su sueño, que estaba de frente a un pequeño lago que por poco no llegaba a ser una simple charca. La Gwragedd Annwn, con su pelo rubio que le caía sobre los hombros, se volvió hacia ella y dejó de cantar al ver que Nora, su presa, se había detenido a unos metros de ella en vez de caminar, poseída por la canción, hacia las aguas donde encontraría la muerte, como el resto. La niña la observó. Era tal y como la había visto en su sueño. Sus ojos grises, inexpresivos, la observaban como si la otra pudiera controlar su mente con esa mirada. Nora se alarmó. ¿Era posible que la Gwragedd Annwn supiera lo del frasco y la pócima?

Al comprender que la criatura no sería quien empezara la conversación y

sintiendo cómo las nubes de niebla la asfixiaban, Nora decidió hablar.

-Te reto- dijo, intentando sonar segura.

La Gwragedd Annwn sonrió y Nora sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo.

-¿A qué, si puede saberse?- dijo la criatura.

-A lo que tú quieras- respondió Nora.

La criatura se quedó pensando durante unos segundos, observando a la niña con sus ojos claros.

-Está bien, te reto al ajedrez- dijo al fin.

-Si gano, debes revivir a todos los niños y reconvertirlos en humanos. En caso contrario, yo pasaré a ser una figura más.

A decir verdad, a Nora no le impresionó demasiado el deporte que eligió la Gwragedd Annwn, teniendo en cuenta que ella convertía a los cuerpos inertes de los niños a los que ahogaba en figuras de ajedrez de cristal.

La criatura se volvió hacia el lago y se fue adentrando en este. Como había descrito la otra Gwragedd Annwn, en vez de hundirse, la criatura caminó tranquilamente sobre la superficie del lago como si esta fuera sólida. Nora la siguió y casi le da algo al comprobar que ella también podía caminar sobre las aguas como si nada.

Conforme se iban adentrando en el lago, una nube de niebla densa y compacta se iba formando en el centro. La Gwragedd Annwn se detuvo al llegar a la altura de esta y Nora la imitó. Poco a poco, la densa nube se fue disipando, dejando al descubierto un pequeño palacio de cristal con una puerta doble. La criatura abrió la puerta, dejó pasar a Nora y la niña se quedó asombrada al acceder al interior. A pesar de lo inmenso que aparentaba ser el palacio visto desde el exterior, en el interior no era más que una sala circular donde todo absolutamente estaba hecho de cristal y en cuyo centro había una simple mesa pequeña y redonda, con un tablero de ajedrez encima y dos sillas, una enfrente de la otra. Sobre el tablero habían piezas de cristal y ninguna de ellas era del mismo tamaño, como si cada una tuviera su propia personalidad, como pudo observar Nora cuando, después de que la Gwragedd Annwn cerrara la puerta a sus espaldas, la condujera hacia la mesa, en la que se sentaron a la vez, una frente a la otra. Alrededor de la mesa habían cinco estanterías repletas de figuritas de ajedrez de cristal que tampoco tenían el mismo tamaño.

La criatura fue quien empezó, ya que se había sentado en el lado de las piezas blancas. Nora hacía lo que podía. Apenas había jugado a ese

deporte, solo lo hacía algunas veces, cuando, de noche, las niñas se reunían en el centro de los dormitorios y hablaban, jugaban al ajedrez, se contaban historias las unas a las otras y hacían cualquier cosa por no sentirse solas, como siempre pasa en los orfanatos y, sobre todo, en el de Highsmith. Al menos, Nora sabía cómo debía mover las piezas y había ganado algunas partidas durante las noches que antes he nombrado. Además, su propósito era distraer a la Gwragedd Annwn, quien, a pesar de estar concentrada en el juego, parecía a su vez estar tan centrada en ella que hasta sabía a qué ritmo latía su corazón, y seguramente estaba intentando averiguar si ella tenía algún arma o no era nada más que una niña inocente que había conseguido burlar su trampa.

Los segundos dieron paso a los minutos, que parecían ser incluso más rápidos, y Nora estaba empezando a impacientarse, a ver la muerte tan cerca que hasta podía rozarla con las yemas de los dedos, hasta que al final, la niña vio la oportunidad de abrir el frasco. Debía ser ahora o nunca, y lo más rápido que pudiera. Sin querer, nerviosa porque la criatura le estaba ganando y todavía no había conseguido destapar el frasco, Nora había tirado una de las piezas, que rodó por el tablero hasta caer y quebrarse nada más impactar contra el suelo. Ante este incidente, la Gwragedd Annwn, cuyas sospechas debían de haberse disipado hacía bastante tiempo y seguramente estaba buscando ya el sitio donde colocar la figura de Nora, se había levantado de su silla para coger otra pieza igual, de manera que, ahora que la criatura estaba de espaldas a ella, Nora pensó: "ahora o nunca", sacó el frasco de su calcetín y lo abrió tan rápido como le fue posible. La Gwragedd Annwn se volvía hacia ella con un caballo de cristal en la mano cuando del frasco que acababa de abrir la niña salió una densa nube negra que cubrió absolutamente todo y volvió a sumergir el palacio antes de que ninguna de las dos pudiera respirar siquiera.

Capítulo 8

7. Epílogo.

Si hubieras estado en la orilla del lago en ese momento, habrías visto cómo de repente del interior del palacio emergía una nube negra que antes de que te dieras cuenta lo cubrió todo. Habrías visto cómo el palacio, antes brillante, nada más cubierto por la niebla que emanaba de las aguas del lago, se tornaba borroso y oscuro y en un abrir y cerrar de ojos se derrumbaba, quedando completamente sumergido en las profundidades de las aguas. También habrías presenciado cómo, segundos después de que esto pasara, multitud de niños y niñas emergían de las aguas, asustados y sin recordar nada de lo que les había ocurrido, salvo una melodía que se les metió en la cabeza como un mal parásito. Estos, entre los que no se encontraba Nora, una vez estuvieron en la orilla, decidieron seguir a la mayoría de los niños varones, que eran los más numerosos, ya que solo debían haber unas cincuenta o cuarenta niñas y ellos eran unos ciento cincuenta o doscientos, hasta el orfanato de la señorita Highsmith, donde, según les contaron a los demás mientras se dirigían ahí, habían estado desde que tenían memoria. Así que ese mismo día, una marea de niños se presentaron en el edificio blanco del orfanato, pidiendo ayuda y con las ropas chorreando.

Los señores Mccourt, unas semanas después, fueron acusados del asesinato de su hija adoptiva. Sin embargo, cuando consiguieron entrar en el domicilio, echando la puerta abajo, las autoridades solo encontraron una pieza de ajedrez (una torre) encima de una silla mecedora y otras dos (una reina y un rey) dentro de la cama donde solía dormir la pareja. Los policías se tomaron aquello como una broma pesada de los asesinos, que debían haberse fugado, y decidieron ponerlos inmediatamente en busca y captura con una generosa recompensa a quien les echara el guante. Por mucho que buscaron, las autoridades no encontraron nunca el cuerpo de la niña, supusieron que este habría sido quemado con objetivo de deshacerse de él sin dejar pruebas.

Sin embargo, si alguna vez eres un huérfano solo y perdido en el bosque, intentando huir de su desdicha, lo más posible es que sientas un presentimiento, una especie de sensación certera, que te guíe hasta un diminuto lago que, sin embargo, no llega a ser una charca, y, en la orilla opuesta, veas al espíritu azulado de una niña de ocho años que te sonría y, caminando sobre la superficie de las aguas, llegue a tu lado y te ofrezca ayuda, sabedora del miedo que siente un pequeño e insignificante niño cuando está rodeado de poderosos gigantes. Si esto pasa, que sepas que el nombre de ese espíritu salvador fue una vez Nora Mccourt.